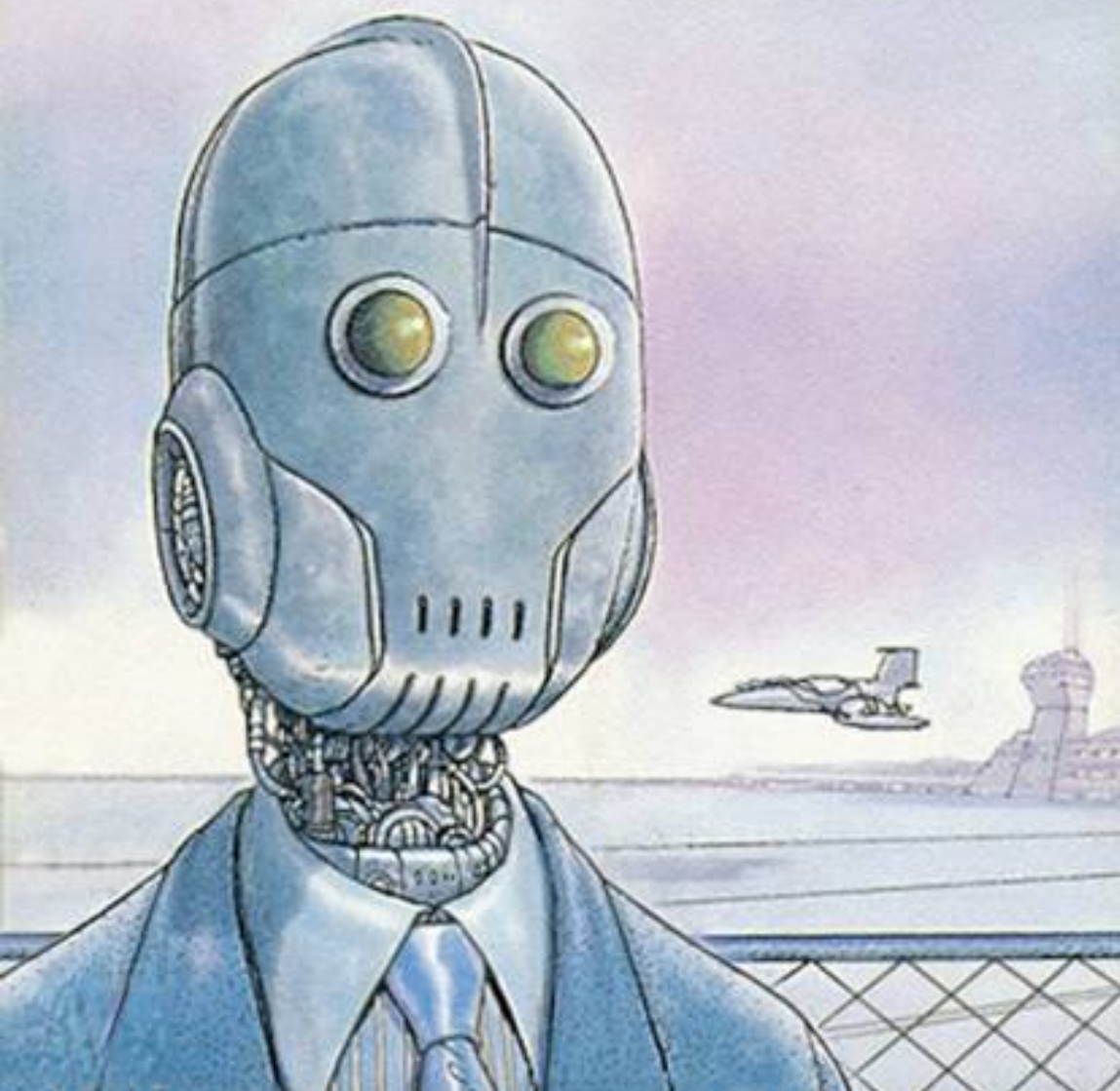


Algis Budrys

¿QUIÉN?

Un clásico sobre el problema de la identidad humana.

•La obra más importante del mejor autor de ciencia ficción desde H.G. Wells•, -Kingley Amis



Decía ser Lucas Martino, el físico norteamericano responsable del ultrasecreto K-88, un dispositivo capaz de salvar al mundo... o terminar con él. Pero ¿era él de veras? ¿Esa criatura apenas humana, con su cabeza metálica y medio cuerpo artificial era realmente Lucas Martino? ¿O, tras «rescatar» a Martino de la terrible explosión de su laboratorio científico, los soviéticos lo habían reemplazado por un so-sias, un espía con la misión de apropiarse del codiciado K-88? A su vuelta a los Estados Unidos, meses después de su desaparición, sólo el propio Lucas Martino podía demostrar que era quien decía ser. Y no le iba a resultar fácil. Pero sí era terriblemente importante...

Algis Budrys ha conseguido con esta novela una obra maestra sobre el problema de la identidad humana que Kingsley Amis, el famoso crítico inglés del género, ha calificado como «la obra más importante del mejor autor de ciencia ficción desde H. G. Wells».

La presente edición se corresponde con la versión revisada por el propio autor en 1986.

*A Frank Kelly Freas,
el primero en crear a Martino,
y a Walter Fultz,
el último en verlo.*

CAPÍTULO UNO

Era casi medianoche. El viento soplaba desde el río, gimiendo bajo los puentes de hierro, y las veletas de los viejos y oscuros edificios señalaban hacia el norte.

El sargento al mando de la Policía Militar había alineado a su pelotón de recepción a cada lado de la empedrada calle. Bloqueándola había una ajada puerta de hormigón con una valla de madera blanca y negra. Las luces de los superjeps de la PM y del sedán del Gobierno de las Naciones Aliadas que esperaban se reflejaban en los visores a prueba de bala de los cascos pulidos de los miembros del pelotón. Encima de ellos brillaba un cartel:

ESTÁ USTED SALIENDO DE LA ESFERA
ALIADA
ESTÁ USTED ENTRANDO EN LA ESFE-
RA SOCIALISTA SOVIÉTICA

Dentro del sedán, Shawn Rogers esperaba con un hombre del Ministro de Asuntos Exteriores del GNA. Rogers era Jefe de Seguridad para este sector del Distrito Fronterizo Centroeuropeo, administrado por el GNA. Aguardaba pacientemente, y sus claros ojos verdes chispeaban en la oscuridad.

El representante del ministerio miró su fino reloj de oro.
—Estarán aquí con él dentro de un minuto. —Hizo tamborilear los dedos sobre su maletín—. Si se ajustan a su ho-

rario.

—Llegarán a tiempo —dijo Rogers—. Son así. Lo han retenido durante cuatro meses, pero ahora llegarán a tiempo para demostrar su buena fe.

Miró la verja a través del parabrisas, más allá de los hombros del silencioso conductor. Los guardias de la frontera soviética al otro lado (eslavos y fornidos asiáticos con informes chaquetones acolchados) ignoraban al pelotón aliado. Estaban congregados en torno a una hoguera encendida en un barril de petróleo ante su garita, tendiendo las manos al calor. Los subfusiles colgaban de sus hombros, torpe e incómodamente. Hablaban y bromeaban, y ninguno se molestaba en vigilar la frontera.

—Mírelos —dijo el hombre del ministerio, malhumorado—. No les preocupa lo que hagamos. No les importa si pasamos la frontera con un escuadrón armado.

El hombre del ministerio era de Ginebra, a quinientos kilómetros de distancia. Rogers llevaba siete años en este sector. Se encogió de hombros.

—A estas alturas ya somos viejos conocidos. Esta frontera lleva aquí siete años. Saben que no vamos a empezar a disparar, igual que nosotros sabemos que tampoco lo van a hacer ellos. No es aquí donde se libra la guerra.

Miró de nuevo al grupo de soviéticos, recordando una canción que había oído años atrás: «Dale al camarada de la metralleta el derecho a hablar». Se preguntó si conocerían aquella canción al otro lado de la línea. Había muchas cosas sobre el otro sector que quería conocer. Pero había pocas esperanzas de ello.

La guerra estaba en los archivadores de todo el mundo. El arma era la información: cosas que sabías, cosas que descubrías sobre ellos, cosas que ellos sabían sobre ti. Enviabas gente al otro lado de la línea, o los plantabas con años de antelación, y sondeabas. No eran muchos los que lo conseguían. Sólo tal vez algunos de ellos. Por eso unías los pocos fragmentos que habías recopilado, esperando

que todo no fuera demasiado confuso, y al final, si eras listo, sabías lo que los soviéticos iban a hacer a continuación.

Y ellos sondeaban a su vez. No eran muchos los que conseguían infiltrarse (al menos, podías estar razonablemente seguro de ello), pero al final descubrían lo que ibas a hacer a continuación. Así, ningún bando hacía nada. Sondeabas una y otra vez y, cuanto más lejos intentaras ir, más difícil era. Durante una parte del camino había luz. Más lejos sólo se veía una niebla oscura. Y había que esperar a que algún día el equilibrio se rompiera a tu favor.

El hombre del ministerio mataba su impaciencia hablando.

—¿Por qué demonios le dimos a Martino un laboratorio tan cerca de la frontera?

Rogers agitó la cabeza.

—No lo sé. No me encargo de la estrategia.

—Bien, ¿por qué no pudimos enviar un equipo de rescate propio después de la explosión?

—Lo hicimos. Pero el de ellos llegó primero. Se movieron con rapidez y se lo llevaron. —Y se preguntó si aquello había sido solamente un golpe de suerte.

—¿Por qué no pudimos recuperarlo?

—No me encargo de tácticas a ese nivel. Imagino que podríamos haber tenido problemas si secuestrábamos de un hospital a un hombre gravemente herido.

Y el hombre era ciudadano americano. ¿Y si hubiera muerto? Los servicios de propaganda soviéticos se habrían cebado con los americanos y, cuando el GNA se reuniera en su Congreso, tal vez no fueran tan rápidos en su distribución del presupuesto del año siguiente. Rogers gruñó para sí. Era esa clase de guerra.

—Creo que es una situación ridícula. Un hombre importante como Martino en sus manos, y estamos indefensos. Es absurdo.

—Ese tipo de situación es la que le da trabajo, ¿no?

El representante del ministerio cambió de táctica.

—Me pregunto cómo se lo estará tomando. Tengo entendido que resultó malherido en la explosión.

—Bueno, ahora está convaleciente.

—Me han dicho que perdió un brazo. Pero imagino que se habrán encargado de eso. Son bastante buenos con las prótesis, ya sabe. Vaya, en los años cuarenta ya eran capaces de mantener vivas cabezas de perros con corazones mecánicos y cosas así.

—Hum.

Un hombre desaparece al otro lado de la línea, pensó Rogers, y envías gente para que lo encuentren. Poco a poco, empiezan a llegar los informes. Está muerto, dicen. Ha perdido un brazo, pero vive. Se está muriendo. No sabemos dónde está. Lo han enviado a Novaia Moskva. Está aquí mismo, en esta ciudad, en un hospital. Al menos, tienen a *alguien* en un hospital aquí. ¿Qué hospital?

Nadie lo sabe. No vas a descubrir nada más. Le das lo que tienes al Ministerio de Asuntos Exteriores, y comienzan las negociaciones. Tu bando destruye una autopista al otro lado de la línea. El de ellos casi derriba un avión. Tu bando apresa varios barcos pesqueros. Y por fin, no por lo mucho que tu bando haya hecho sino por razones propias, el bando de ellos cede.

Y, durante todo este tiempo, un hombre de tu bando ha yacido en uno de sus hospitales, herido y roto, esperando que hagáis algo.

—Se rumorea que estaba bastante cerca de completar algo llamado K-ochenta-y-ocho —continuó el hombre del ministerio—. Teníamos órdenes de no presionar demasiado, por temor a que se dieran cuenta de lo importante que era. Es decir, en el caso de que no lo supieran ya. Pero, naturalmente, teníamos que recuperarlo, así que no podíamos hacerlos los blandos. Un asunto delicado.

—Lo imagino.

—¿Cree que habrán conseguido el K-ochenta-y-ocho?

—En su bando tienen a un tipo llamado Azarin. Es muy bueno.

¿Cómo puedo saberlo hasta que haya hablado con Martino?, pensó Rogers. Pero Azarin es terriblemente bueno.

Deseó saber más sobre Azarin. Deseó saber más sobre los soviéticos. Todo lo que conocía sobre el llamado «incidente» ruso-chino de una década atrás, por ejemplo, le decía que había sido una guerra, y que los rusos la habían perdido. Pero, de ser así, ¿por qué entonces la capital se llamaba Nueva Moscú y no Nueva Pekín? ¿Por qué era china la mitad del ejército, cuando el gobierno era caucásico? Si aún hubiera habido embajadas y misiones comerciales occidentales tras el telón, podría ser posible saberlo. Pero ya no había nada de eso. No había más que opacidad en aquella tierra.

Más allá de la verja aparecieron dos faros que giraron hacia un lado y se detuvieron. La puerta trasera de una limusina Tatra se abrió, y al mismo tiempo uno de los guardias soviéticos se acercó a la verja y subió la valla. El sargento de la PM aliada llamó a sus hombres.

Rogers y el representante del ministerio salieron de su coche.

Un hombre bajó del Tatra y se acercó a la verja. Vaciló un momento en la frontera, y luego caminó rápidamente entre las dos filas de PM.

—¡Santo Dios! —susurró el hombre del Ministerio de Exteriores.

Las luces destellaron con un chorro de reflejos azulinos sobre el hombre de la verja. Casi todo él era metálico.

2

Llevaba uno de aquellos informes trajes civiles, con zapatos gruesos y una camisa marrón a rayas. Las mangas le estaban demasiado cortas, y sus manos asomaban más de la cuenta. Una era de carne y la otra no. Su cráneo era un pulido ovoide de metal, completamente desprovisto de rasgos a excepción de una rejilla donde debería estar su boca y una concavidad en forma de media luna que se curvaba hacia arriba en los extremos allá donde se encontraban sus ojos. Se detuvo, con aspecto ansioso, al final de las dos hileras de soldados. Rogers se le acercó y le tendió la mano.

—¿Lucas Martino?

El hombre asintió.

—Sí. —Su mano derecha era la buena. La extendió y sujetó la de Rogers. Su apretón fue fuerte y ansioso—. Me alegro mucho de estar aquí.

—Me llamo Rogers. Éste es el señor Haller, del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Haller estrechó automáticamente la mano de Martino, sin poder apartar los ojos de él.

—¿Cómo está usted? —dijo Martino.

—Muy bien, gracias —murmuró el hombre del ministerio—. ¿Y usted?

—El coche está allí, señor Martino —terció Rogers—. Pertenezco a la oficina de Seguridad del sector. Le agradecería que viniera conmigo. Cuanto más pronto le entreviste, más pronto acabará todo esto.

Rogers tocó ligeramente el hombro de Martino y le instó a dirigirse hacia el sedán.

—Sí, por supuesto. No hay por qué retrasarse.

El hombre igualó el rápido ritmo de Rogers y subió al coche ante él, siguiendo su gesto. Haller se sentó al otro lado de Martino, y entonces el conductor giró el coche y se dirigió a la oficina de Rogers. Tras ellos, los PM subieron a sus *jeeps* y les siguieron. Rogers miró a través del retrovisor del coche. Los guardias soviéticos les observaban.

Martino estaba rígido, con las manos en el regazo.

—Es maravilloso volver —dijo con voz emocionada.

—Yo pensaría igual —admitió Haller—. Después de lo que...

—Creo que el señor Martino sólo está diciendo lo que se espera que diga la gente en este tipo de situaciones, señor Haller. Dudo que sienta nada.

Haller miró a Rogers con cierta sorpresa.

—Es usted muy brusco, señor Rogers.

—Me siento brusco.

Martino miró de uno a otro.

—Por favor, no dejen que les cohíba —dijo—. Lamento ser una fuente de incomodidad. ¿Ayudaría si dijera que me estoy acostumbrando al aspecto que tengo?

—Lo siento —dijo Rogers—. No pretendía empezar una discusión.

—Por favor, acepte también mis disculpas —añadió Haller—. Me doy cuenta de que estaba siendo tan brusco como el señor Rogers.

—Entonces ya nos hemos disculpado todos —dijo Martino.

Eso hemos hecho, pensó Rogers. Todo el mundo lo siente.

Aparcaron en la rampa que comunicaba con la puerta lateral del edificio donde estaba la oficina de Rogers.

—Muy bien, señor Martino, aquí nos bajamos —le dijo Rogers al hombre—. Haller, ¿informará a su oficina ahora

mismo?

—Inmediatamente, señor Rogers.

—Muy bien. Supongo que su jefe y el mío pueden empezar a ponerse de acuerdo en esto.

—Estoy seguro de que el papel de mi ministerio en este caso concluyó con el feliz regreso del señor Martino —dijo Haller delicadamente—. Tengo intención de meterme en la cama después de hacer mi informe. Buenas noches, Rogers. Ha sido un placer trabajar con usted.

—Desde luego. —Se estrecharon brevemente las manos, y Rogers siguió a Martino a través de la puerta lateral.

—Se ha lavado las manos conmigo con bastante rapidez, ¿no? —comentó Martino, mientras Rogers le dirigía al sótano.

Rogers gruñó.

—Por esta puerta, por favor, señor Martino.

Salieron a un estrecho corredor con puertas a cada lado, paredes de hormigón pintado y suelo de linóleo gris. Rogers se detuvo y miró las puertas durante un instante.

—Supongo que esta misma servirá. Por favor, entre aquí conmigo, señor Martino. —Sacó un puñado de llaves de su bolsillo y abrió la puerta.

La habitación era pequeña. Tenía un camastro apoyado en una pared, con una almohada blanca y una manta del ejército bien estirada. Había una mesita y una silla. Una bombilla en el techo iluminaba el habitáculo y en una pared lateral había dos puertas, una que conducía a un armarito y la otra a un compacto cuarto de baño.

Martino miró a su alrededor.

—¿Es aquí donde celebra siempre sus reuniones con los que regresan? —preguntó mansamente.

Rogers sacudió la cabeza.

—Me temo que no. Tendré que pedirle que se quede aquí por el momento. —Salió de la habitación sin dar a Martino oportunidad de reaccionar. Cerró la puerta con llave.

Se relajó un poco. Se apoyó contra el sólido metal de la puerta y encendió un cigarrillo, con sólo un leve temblor en las yemas de los dedos. Luego recorrió rápidamente el pasillo hasta el ascensor automático y subió a la planta donde estaba su oficina. Tras encender las luces, su boca se retorcó al pensar en lo que diría su personal cuando empezara a levantarlos de sus camas.

Cogió el teléfono de su mesa. Pero primero tenía que hablar con Deptford, el Jefe del Distrito. Marcó el número.

Deptford respondió casi inmediatamente. Rogers esperaba que estuviera despierto.

—¿Diga?

—Rogers, señor Deptford.

—Hola, Shawn. Estaba esperando su llamada. ¿Todo bien con Martino?

—No, señor. Necesito un equipo de emergencia con toda la rapidez posible. Quiero un como se llame..., un hombre que entienda de aparatos mecánicos en miniatura, con tantos ayudantes autorizados como necesite. Quiero un experto en aparatos de supervisión. Y un psicólogo. Con las mismas autorizaciones de personal para los dos últimos. Quiero los tres hombres claves esta noche o mañana por la mañana. Ellos decidirán qué personal les será necesario, pero quiero las autorizaciones preparadas inmediatamente para que no haya nada que los retenga. Ojalá que nadie hubiera pensando jamás en llenar al personal clave de alérgenos al suero de la verdad.

—Rogers, ¿qué sucede? ¿Qué salió mal? Sus oficinas no están equipadas para ningún proyecto así.

—Lo siento, señor. No me atrevo a moverle. Hay demasiados lugares sensibles en esta ciudad. Lo tengo metido en una celda, y me aseguraré de que ni siquiera se acerque a mi oficina. Dios sabe lo que podría perseguir o hacer.

—Rogers..., ¿pasó Martino la línea esta noche o no?

Rogers vaciló.

—No lo sé —dijo.

3

Rogers ignoró la habitación llena de hombres que esperaban y siguió mirando los dos *dossiers*, no tanto pensando como reagrupando su estrategia.

Ambos *dossiers* estaban abiertos por la primera página. Uno era grueso, lleno de comprobaciones de seguridad, informes, resúmenes del currículum y todos los demás datos acumulados en torno a un empleado del gobierno a lo largo de los años. Estaba titulado: *Martino, Lucas Anthony*. La primera página la componían los habituales datos de identificación: altura, peso, color de ojos, color del pelo, fecha de nacimiento, huellas dactilares, carta dental, marcas y cicatrices distintivas. Había un juego de fotos desnudo tipo estándar: de frente, de espaldas y de ambos perfiles, mostrando a un hombre musculoso y fornido con rasgos controlados y agradablemente inteligentes y una nariz ligeramente grande.

El segundo *dossier* era mucho más delgado. De momento, no había más que fotos y la nota: *Ver Martino, LA. (?)*, en vez del título. Las fotos mostraban a un hombre musculoso y fornido con amplias cicatrices corriéndole en diagonal por el costado izquierdo, por el pecho y en torno a la espalda y ambos hombros, como un chal. Su brazo izquierdo era mecánico hasta la altura del hombro, y parecía haber sido insertado directamente en los músculos de su pecho y dorso. Tenía gruesas cicatrices en la base del cuello, y aquella cabeza metálica.

Rogers se levantó y miró al equipo especial que esperaba.

—¿Y bien?

Bannister, el ingeniero inglés experto en servomecanismos, se sacó la pipa de la boca.

—No lo sé. Es bastante difícil de decir tras sólo unas pocas horas de pruebas. —Inspiró profundamente—. De hecho, estoy aplicando los tests, pero no tengo ni idea de qué mostrarán, si es que muestran algo, ni cuándo. —Hizo un gesto de indefensión—. No se puede alcanzar a nadie en su estado. No se puede penetrar en su superficie. La mitad de nuestros instrumentos son inútiles. Hay tantos componentes eléctricos en sus partes mecánicas que cualquier lectura que hagamos queda arruinada. Ni siquiera podemos determinar el voltaje empleado. Le duele cuando lo intentamos. —Bajó la voz, con tono de disculpa—. Le hace gritar.

Rogers hizo una mueca.

—Pero, ¿es Martino?

Bannister se encogió de hombros.

Rogers estampó súbitamente el puño en la superficie de su escritorio.

—¿Qué demonios vamos a hacer?

—Buscar un abrelatas —sugirió Bannister.

—Miren esto —dijo en medio del silencio Finchley, que había sido cedido a Rogers por el FBI americano.

Accionó un interruptor, y el proyector que había traído empezó a zumbar mientras Finchley apagaba las luces de la oficina. Apuntó el proyector hacia una pared blanca, y la película empezó a pasar.

—Tomada desde arriba —explicó—. Luz infrarroja. Creemos que no puede verla. Suponemos que estaba dormido.

Martino —Rogers tenía que pensar en él bajo aquel nombre, pese a todas sus dudas—, yacía en su camastro. La media luna invertida de su rostro estaba cerrada desde dentro, con sólo los bordes de una junta flexible marcando su contorno. Debajo, la rejilla, centrada justo por encima de la cerrada curva de su mandíbula, estaba entornada.

La impresión creada era vagamente la de un hombre sin pelo con los ojos cerrados que respiraba por la nariz. Rogers tuvo que recordarse que ese hombre no respiraba.

—Fue tomada a eso de las dos de la madrugada de hoy —dijo Finchley—. Llevaba acostado poco más de hora y media.

Rogers frunció el ceño ante el tono de desconcierto de la voz de Finchley. Sí, era increíble no poder decir si un hombre estaba dormido o no. Pero no tendría sentido hacer nada si todos dejaban que los nervios les traicionaran. Casi iba a decir algo al respecto cuando advirtió que le dolía el pecho. Relajó los hombros y sacudió la cabeza.

Una señal aleteó en la película.

—Muy bien —dijo Finchley—, ahora escuchen. —El pequeño altavoz del proyector comenzó a chasquear.

Martino había empezado a agitarse en la cama. Su brazo metálico desprendía chispas al rozar la pared.

Rogers dio un respingo.

Bruscamente, el hombre empezó a farfullar en sueños. Las palabras brotaron claramente. Pero el discurso era muchísimo más rápido de lo normal, y la voz desesperada:

—¡Nombre! ¡Nombre! ¡Nombre!

—Nombre Lucas Martino nacido Bridgetown Nueva Jersey diez de mayo de mil novecientos cuarenta y ocho, sobre... ¡cara! Detalle..., *adelante...*, ¡*marche!*

—¡Nombre! ¡Nombre! Detalle... ¡Alto!

—¡Nombre Lucas Martino nacido Bridgetown Nueva Jersey diez de mayo de mil novecientos cuarenta y ocho!

Rogers notó que Finchley le tocaba el brazo.

—¿Cree que le hicieron caminar?

Rogers se encogió de hombros.

—Si es una auténtica pesadilla, y si ése es Martino, entonces sí..., parece que le hicieron caminar de un lado a otro en una habitación pequeña y le bombardearon con preguntas. Ya conoce su técnica: mantienen un hombre en pie, lo hacen moverse sin parar, le preguntan. Cambian los